

Ensayo

Discurso de los zurdos

José M^a Rodríguez Tejerina.

Francisco Umbral en dos capítulos de sus libros, *Las palabras de la tribu* y *Valle-Inclán, los botines blancos de piqué*, denomina a Valle-Inclán, "manco y zurdo". Afirma que, el escritor gallego escribía con la mano izquierda que le faltaba. Pudo así crear, al fin, un mítico "modernismo zurdo"; los esperpentos, las comedias bárbaras.

La zurdería, el ser zurdo, maniego, tener el "brazo ledro", no es sólo utilizar preferentemente la mano izquierda, como reza el Diccionario de la Real Academia, "del modo y para lo que las demás personas usan la derecha". La tendencia por lateralizar en el lado siniestro nuestras habilidades manuales, escribir sobre todo, utilizar tijeras, asir el mango de un cazo, si es congénita, tiene hondas raíces, nacidas a nivel del cerebro y que se extienden, invasoras, amen de a la mano, símbolo de la creatividad, al ojo y al pie en los zocatos homogéneos.

Si ordenamos a un niño, presuntamente zurdo, que cierre un ojo, comprobaremos que será el dominante el que no cierre; su mano izquierda quedará por encima de la diestra y, al golpear un balón, chutará con el pie izquierdo.

Pero no siempre la zurdería es total, homogénea, sino parcial, y se puede forzar al niño a escribir con la mano derecha sin mucha dificultad y sin dar lugar, en el futuro, a graves trastornos motores y psíquicos.

Hasta hace pocos años los cerriles dómines al uso obligaban a todos los

alumnos de lateralidad parcial o absoluta, a utilizar, exclusivamente, la mano derecha. Castigaban con crueldad a los pequeños que no lo hacían; los maltrataban y ridiculizaban ante sus compañeros.

Los niños zurdos se sentían humillados, inseguros. Acababan por tener un carácter temeroso, hostil. Perdían su capacidad de autoestima; eran incapaces de jugar, de competir con los demás condiscípulos "normales". De simpatizar con ellos. Y, muchas veces, llegaban a no distinguir entre el bien y el mal, en no apreciar el valor de la vida; caer en la violencia como rebeldía natural ante la injusticia que se cometía con ellos.

Hoy en día no se concibe tan drástica, desacertada conducta pedagógica. Podemos ver, en la televisión, al Presidente de los EEUU de América, Bill Clinton utilizar su mano izquierda para firmar toda suerte de documentos oficiales.

El Príncipe Felipe de Borbón y Grecia, también es zurdo. Y el de Inglaterra, William.

Es curioso constatar que el derrotado contrincante de Clinton en las últimas elecciones a la Casa Blanca, Bob Dole, es un zurdo, a la fuerza, al tener su brazo derecho paralizado.

En esta imposición de la mano derecha como la única admitida para poder escribir, se intuyen factores culturales y religiosos muy remotos. Existe una oscura y ancestral creencia que el lado izquierdo del cuerpo humano está vinculado a las actividades propias del demonio. En los aquelarres de Zugarramurdi los concurrentes besan el pie izquierdo y la mano izquierda, más la tetilla siniestra y el orificio anal, al hombre, taciturno, que oficia de Diabolo.

Anteriormente, el demonio había marcado con las largas uñas de su mano izquierda, a los neófitos. En el increíble episodio que relata Llorente de una bruja vieja que, desde lo alto de una torre se unta la palma de la mano izquierda y el

brazo del mismo lado con uno de sus ungüentos y puede deslizarse cabeza abajo, cual lagartija, por la pared de la torre y, al llegar a la mitad de la altura de ésta, echar a volar hasta perderse en el horizonte, es otra prueba del poder diabólico de la mitad izquierda del ser humano. De ahí que los maestros de escuela de ayer se obstinaron, inquisitorialmente, en combatir la posible herejía del día de mañana de sus alumnos.

La zurdería contrariada antes de los siete años, suele originar discapacidades no demasiado aparatosas. En el área motora, lentitud, imprecisión de movimientos, debilidad muscular, inestabilidad. Y, en la psicomotriz, tics, trastornos del lenguaje y de la escritura. La ambivalencia, la timidez expresiva, conducen al tartamudeo. Patente en don Gregorio Marañón. Y a la dislexia, a los retardos gráficos, tan notables en Napoleón, Winston Churchill, Salvador Dalí, Jean Dausset, Camilo José Cela. Otras anomalías funcionales como la enuresis, son menos atribuibles a la zurdería.

Y es que, al parecer, existen dos hemisferios cerebrales, el derecho y el izquierdo, con funciones bien dispares. El derecho rige la parte contraria del cuerpo, la izquierda, y el izquierdo la derecha. El ideal humano sería que se armonizaran estas duales actividades de los hemisferios; científicas, pragmáticas las del izquierdo; míticas, heréticas, las del derecho.

Nuestro desaparecido amigo el doctor Rof Carballo, era muy proclive a valorar esta dualidad funcional del cerebro.

Desde hace unos lustros, en efecto, reputados neurofisiólogos insisten en considerar la asimetría fisiológica de los dos hemisferios cerebrales. El cerebro izquierdo, en el terreno espiritual, ordena el lenguaje, la escritura, el cálculo, la lógica secuencial. Domina a la Naturaleza y permite tener unos conceptos claros, aunque nos sumerjan en el mundo mecá-

nico de los ordenadores, nos aprisionen con las cadenas de la cultura técnica-científica.

El cerebro derecho, en cambio sometido a la tiranía de su hermano, es el que atesora toda la ternura que es capaz de experimentar el hombre. Es el que escucha el sobrecogedor mensaje de los mitos arcaicos; la llamada de lo insólito. Permite el paso lento del "retorno de los dioses antiguos". Suele oír el rumor, menudo, efímero, de la vida entrañable que nos rodea.

La sociedad actual pertenece al universo de los humanos diestros, esclavos de los imperios de la visión, ignorantes del "tercer oído"; del mundo auditivo.

Únicamente una soledad meditativa consigue que el cerebro izquierdo pierda su hegemonía y logre dejar oír su voz el hemisferio derecho.

Paul Claudel en un intento por acercarse al misterio de la poesía de Rimbaud, imaginó la hermosa parábola de *Animus* y *Anima*, que sintetiza el quehacer de los dos hemisferios cerebrales.

Anima es mujer hacendosa, entregada por completo a las tareas del hogar. Mas, cuando *Animus*, el esposo, intelectual de pensamiento lógico, se aleja de la casa, *Anima* se atreve a cantar bellas canciones mágicas, que incitan a tener otra forma de pensar; a meditar, lenta, humildemente.

Mientras *Animus*, fuera del hogar, corre en pos de los deleites carnales y se afana en discutir con los amigos sobre sexo y dinero, *Anima* permanece, laboriosa, en el domicilio familiar. Sueña, mientras entona cantos numinosos, de vida y muerte. De maternidad y esperanza. Llamada angustiada, ancestral, a una vida plena. Su oración tal vez fracase, todavía. Porque el hombre actual se resiste a reconocer el poder de la Poesía, de la Quimera. Y corre el riesgo de caer en la sima de un vacío existencial.

El escritor mallorquín Cristóbal Serra, en una novela fantástica, *Retorno a Coti-*

Iedonia, nos habla de los zurdiales, seres que consiguen guiarse por los impulsos del místico cerebro derecho. La opinión pública los califica de malditos, siniestros.

Recordemos que, don Benito Pérez Galdós, en quizás su única cita literaria de los zurdos, se refiere a El Zurdo, "rey de los matuteros", conspicuo asistente a las desvergonzadas reuniones del bodegón de la Pintosilla; en la poco conocida novela, *El Audaz*.

Los zurdiales de Cristóbal Serra son "asutiladores natos", "cerebros superperceptivos", que se rebelan "contra el más engañoso de los espejismos, la vida real". Y se preparan para dar la batalla a la civilización caduceita. Están dispuestos a "traer un hálito nuevo, refrescante, a la carcomida y superdeductiva concepción caduceita.

Cuando don Ramón María del Valle-Inclán, al sentir de Umbral, se decide a escribir con la mano izquierda que le falta, "borda sus primores galaicos y sentimentales"; abomina de la prosa burguesa, crea una estética plena de modernidad, próxima a los divinos horrores, a los grandiosos mitos ancestrales; a los ensueños imposibles y desesperados.

Quizás estas apreciaciones acerca de las funciones del cerebro, no sean totalmente ciertas. Bordeen una loca fantasía. Y la hipótesis de la dualidad funcional de los dos hemisferios, sea pronto desechada, como lo fueron las antañonas teorías de las localizaciones cerebrales de Gall. La actividad cerebral, debemos ya asumirlo, es hartamente compleja; seguramente unitaria, holística.

Anatómicamente las manos de los zurdos en nada se diferencian de las de los diestros. No puede apreciarse variedad morfológica alguna que nos revele que hay zocatas entre las numerosas manos que pintara El Greco. Esas "manos aladas" que decía Unamuno, "empapadas de alma" de Vivanco. En las que podía "leerse la palabra", según Ramón Gómez de la Serna.

Tampoco en las obras manuscritas, o impresas, podemos adivinar una posible zurdera. Habría que husmear entre la engañosa maraña de las patografías de personajes célebres con estigmas disléxicos, corregidos presurosamente por los "educadores".

Hay que redactar un censo de los zurdos históricos que, a lo largo del tiempo, modificaron, para bien o para mal, con sus aciertos o frustraciones, el curso de la Historia. Y deberíamos confeccionar también una cumplida relación de los personajes ficticios, maniegos, de la Literatura.

Citemos por último, de soslayo, los amores de "la main gauche", que generan, en ocasiones, inesperados líderes. Y las "manos de la rienda", que gobiernan a las cabalgaduras. Y la "mano izquierda" que acierta a resolver los problemas intrincados.

La mano izquierda es, desde siempre, la que se utiliza, ilusionadamente, para cortar la baraja de naipes. Es la de las emociones; en la que confluyen, al decir de los físicos antiguos, en el dedo anular, las venas procedentes del corazón. La que lleva una marca, bajo el dedo índice, en los miembros de la mafia la Nueva Camorra, demostrativa de haber realizado el rito, la alianza de sangre. La Mano Negra de aquella banda de forajidos andaluces. La mano que empuña la pistola de los violentos. La misteriosa mano que representa, simbólicamente, al Dios Creador, surgiendo entre las altas nubes del Cielo.

La mano herida, imposible, sonámbula. Lúbrica.

La mano de los valientes pases naturales; de la muleta que cita, impaciente, al último toro de la tarde, para poderlo matar de un certero volapié.

La mano izquierda del Evangelio de San Mateo, que no debe saber la limosna que da la mano derecha.

Las dos manos, en fin; como dos países.